

EL AVISADOR NUMANTINO

Se publica los jueves y domingos.

PERIÓDICO POLÍTICO DE INTERESES GENERALES Y NOTICIAS.

Número suelto, 5 céntimos

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En esta capital y fuera de ella: Trimestre, 1'50 pesetas. Semestre 2'75. Por año, 5.
Extranjero, un año, 10. Pago anticipado. Se suscribe en Soria, Collado 54.

DIRECTOR PROPIETARIO

DON VICENTE TEJERO

El precio de los anuncios, remitidos, comunicados y esquelas mortuorias convencional y económico.
La correspondencia se dirigirá al Director del periódico, calle del Collado, número 54, Soria.—No se devuelven los originales.

SEMANA SANTA

Rindiendo culto fervoroso a los Misterios de nuestra Sacrosanta Religión que en estos días de tanta solemnidad para la Iglesia y para el pueblo Cristiano se conmemoran, puesto que en ellos se realizó la obra más grande y más hermosa que han conocido los siglos, cual es la de libertar al hombre de la esclavitud del pecado, confortar el ánimo de los cristianos con la presencia real del autor de todas las cosas, alimentarnos con el Pan de los Angeles, que en este día se nos dió para fortalecernos en las adversidades de la vida, y preparándonos el camino para que con firmeza de ánimo podamos ir en derechura al seno de la gloria, que es el fin para que fuimos creados, justo es que en conmemoración de tan grandes misterios, demos el presente número en la forma acostumbrada en años anteriores.

II É I II

CERTAMENTE, morir por la independencia de la patria es hermosísimo morir. De la patria se recibió el abundantísimo caudal de la sangre, del oxígeno, de la luz, del aura que nos vivificó y de las ideas, creencias, afectos, amores, ilusiones que formaron el gustoso alimento del espíritu. Si todo esto, que es tan bello, tan glorioso y tan amado, peligró; si se intenta colocar a nuestros hijos bajo otra bandera que la bandera luminosa que nuestros ascendientes vieron tremolar por el mundo, antojase pequeño el sacrificio de la propia existencia ante una tan grande. Leónidas —esa figura gigantesca que el tiempo se ha encargado de realzar debidamente— es, sin embargo, una humana figura.

Existe otra patria que la natural: la que crea el derecho. Lo mismo hayáis nacido en la nebulosa Inglaterra que en el ardiente trópico; así viérais la luz primera en las nevadas estepas rusas que en las dilatadas sabanas americanas, hay algo que hace borrar la diferencia del nacimiento, algo que aproxima al bello circasiano al negro etiope; la condición del ser; el ser *hombres*; el proceder todos del barro y al barro estar destinados; el mismo fin a todos ofrecido y por todos poder ser alcanzado. Por llegar a reunir a los humanos en esta patria ideal, los pensadores, los revolucionarios, los amantes del derecho, se sacrifican gustosos y sufren martirios cruentos y afrentosa muerte. Espartaco—símbolo grandioso de esta tentativa levantada y nobilísima—es también un humano símbolo.

No aspirar exclusivamente a ningún fin terreno, progreso de las ciencias, avance de la civilización, triunfo del derecho de gentes, consagración del redentor ideal de la libertad y de la igualdad, abolición de la miseria corporal y espiritual, acabamiento del mal fuerza y del mal guerra, extirpación del cáncer ignorancia y de la úlcera horrible que se llama explotación e iniquidad; sino descender desde donde todo es grandeza, inmensidad, gloria inexplicable, satisfacción indescriptible, voluntariamente, deliberadamente, y tomar esta mortal y miserable vestidura que se denomina cuerpo, y siendo Luz ser considerado como tinieblas, y siendo Majestad ser tratado como despreciable vulgo, y siendo la Hermosura verse mirado como la fealdad, y siendo lo Augusto sufrir vilipendios y sátiras injuriosas de los necios, y aceptarlo todo gustoso

para preparar al hombre el segundo nacimiento, la reivindicación de Adán, la entrada en el Paraíso que el mal contribuyó a cerrar, realizando así el más grandioso, el más benéfico, el más salvador, el más completo de los ideales, puesto que los comprende a todos, es, digámoslo de una vez, misión que rebasa las limitadas fuerzas humanas y entra, por derecho propio, en la categoría de los destinos divinos.

Por esta misma cualidad todos los hombres fueron excluidos. El genio más asombroso, el valor más extraordinario, la más esclarecida virtud, el amor más puro y más grande, probados grandemente, no podrán llegar a lo Alto y superabundantemente pagar la inmensa deuda contraída con la Inmensidad. Solo lo Infinito a lo Infinito podría satisfacer. Y Él, Cristo Nuestro Señor, tomó nuestra carne.

Asombra considerar el gran amor de Jesucristo verdadero en la prueba sangrienta de la Redención. ¡Dios hecho hombre! ¡Y para bien del hombre! No hay lengua que pueda expresar toda la grandiosidad divina de esa acción! Por amor al hombre, porque el hombre se salve, porque cese el entredicho de Adán, porque se abran las puertas de la gloria a este gusano ingrato, cruel y miserable, que se llama hombre; porque este conjunto de infamias, debilidades, pequeneces y canalladas que se llama hombre se rehabilite, se engrandezca, se purifique, se ennoblezca y pueda llegar a la gloria, Él, Dios como el Padre y como el Espíritu Santo; es decir, toda la Grandeza, toda la Gloria, toda la Inmensidad, toda la Belleza, toda la Sabiduría, toda la Verdad, toda la Justicia, toda la Omnipotencia, abandonar las celestiales alturas y humanizarse, mezclarse con nosotros, sufrir todos nuestros oprobios y desprecios, ser perseguido, injuriado, negado, burlado, azotado, preferido, a un Barrabás, —a lo más vil—, martirizado, crucificado...! ¡Amor excelso, digno de que todos los corazones respondan y a Él sean consagrados! ¡Ojalá comprendiéramos todos la grandeza de ese amor divino y por él muriésemos!

Si con los ojos del alma contempláramos alguna vez a Cristo en la Cruz y no rechazáramos, obstinados, los luminosos rayos que se desprenden del Gólgota, verdaderamente seríamos CRISTIANOS, adoradores ciegos y amantes entusiastas del Dios de perdón, de misericordia y de amor, que al darse por nuestra salud eterna en holocausto sangriento, nos marcó, con sus adorables palabras *todos sois hermanos*, la senda que la humanidad debe seguir para hacer de esta morada de lágrimas el Edén de la igualdad, de la libertad y de la fraternidad; es decir, del amor, del cariño, de la justicia, de la compasión, de la misericordia, sueño bellísimo, y deslumbrador, y esplendente...

JOAQUÍN LILLO Y BRAVO.



La conversión de San Pablo

Codo el pueblo gritaba: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale!

Y Pilatos, convencido de la inocencia de Jesús, les decía: «Ni Herodes ni yo encontramos a este hombre culpable de los delitos de que lo acusáis».

Pero el pueblo nada oía y nuevamente gritaba: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale!

Y del mismo modo que el eco reproduce, con vibraciones sonoras, la voz humana, así en aquella ocasión se destacaba, después de todas, una voz que semejaba el eco y que repetía: ¡Crucifícale!

Sin embargo, no era esta la vibración del eco; era una voz timbrada y fuerte, producida por el rencor de uno de aquellos que componían el pueblo; era la voz de un envidioso, la voz de un loco.

Cierto día, encontrándose varios pes-

cadores en el lago de Genesareth, después de haber echado al agua repetidas veces las redes sin lograr sacar pesca alguna, se presentó Jesús en aquel sitio y entró en la barca de Pedro, ordenando a éste que volviera a echar sus redes al agua, a lo que Pedro replicó que no habían pescado nada en toda la noche y que correrían ahora la misma suerte. Insistió Jesús y entonces Pedro obedeció, y fué la pesca tan abundante que faltó poco para que las redes se rompieran. Pedro, Santiago y Juan, que ocupaban la misma barca se postraron de hinojos ante Jesús, reconociendo que aquello era un milagro, y éste les dijo: «Hasta ahora habéis sido pescadores de peces, en adelante lo seréis de hombres» y todos se retiraron.

Quedó, sin embargo, allí otro pescador que, desde su barca, había estado observando lo que dejamos dicho, y se dijo: «¿Por qué no he de pescar yo también en este mismo sitio y con la misma fortuna que ellos?»

Y echó las redes al agua, pero inútilmente; nada pescó.

En vez de reconocer, en vista de esto, que aquel hombre, que Jesús era, efectivamente, el enviado de Dios, se afirmó más en la idea que ya tenía de que era un mago conocedor de hechizos y se despertó en su corazón una grande envidia contra él y un odio implacable que crecía más cada vez que observaba que, debido a los milagros que hacía, por doquiera que pasaba alfombraban el suelo y lo recibían con palmas.

Este odio llegó al colmo ya cuando Jesús se presentó en el Templo y echó de allí, diciendo: «Esta casa es casa de oración y no cueva de ladrones», a los mercaderes que en él había y entre los que se encontraba el que consideraba a Jesús como hechicero.

Este mismo es el que producía aquella voz timbrada y fuerte que semejaba al eco y que repetía con todas sus fuerzas: «¡Crucifícale! ¡Muera éste y suéltanos a Barrabás!»

Este mismo acompañó a Jesús al Calvario después de decretada su muerte; este fué uno de los que se mofaban al ver al Redentor en la Cruz, y el que, a pesar de estar presente al cubrirse de tinieblas el cielo, temblar la tierra y obscurecerse el sol, nada vió... porque estaba ciego.

Y como nada vió, como su odiado enemigo ya no existía y no podía, por tanto, vengarse todavía más, aquel odio repulsivo que sentía hacia el Salvador de los hombres lo reconcentró en sus discípulos, a los que persiguió en unión de otros, llegando hasta a decretar la muerte de San Esteban, al que acusaron de blasfemo y al que apedrearon. Verdad es que aquel hombre no arrojó ninguna piedra contra el discípulo de Jesucristo, pero guardó, en cambio, los mantos de aquellos que lo apedrearon.

No terminó aquí el deseo de venganza, pues aquel hombre se dirigió a Siria en busca de nuevas víctimas, y cuando se encontraba en la cordillera de Hermón quedó deslumbrado por una luz celestial, y envuelto en ella oyó una voz que le decía:

—¡Saulo! ¡Saulo! ¿Por qué me persigues?

Entonces fué cuando Saulo, que así se llamaba aquel hombre de corazón perverso, comenzó a ver claro, y postrándose de rodillas, dijo:

—¡Señor! ¿Quién sois y qué es lo que de mí queréis?

—Soy Jesús, a quien tanto persigues, y quiero que en vez de combatirlos, como hasta ahora, propagues mis enseñanzas.

—¿Y qué debo hacer para ello, Señor?

—Entrar en la ciudad y allí te lo dirán.

Quiso continuar su marcha, ya casi arrepentido, y abrió los ojos, pero no vió nada; aquella luz celestial que lo había rodeado cegó sus ojos y tuvo que ser conducido por uno de los que le acompañaban—que estaban tan asustados y tan convertidos ya como él—hasta entrar en Damasco.

Allí ya, permaneció tres días sin ver

nada, hasta que se le presentó Ananías, que le dijo:

—El Señor me envía, para que te devuelva la vista y para que recibas al Espíritu Santo.

Y Saulo recobró la vista y arrodillándose ante Ananías pidió el Bautismo, que le fué administrado, recibiendo el nombre de Pablo.

Desde aquel momento desapareció el odio que siempre sintiera, para convertirse en fe ciega, en ardiente pasión por las doctrinas que Jesús enseñara, y salió de Damasco a predicarlas por el mundo, recorriendo la Judea, el Asia, Betinia, Macedonia, Atenas, Corfú, Malta, Siracusa, Puzzolo, etc., convirtiendo al Catolicismo ininidad de hombres que confesaban y defendían religiones diversas, todas contrarias a la del Crucificado.

En una de sus excursiones en favor de tan santa causa fué apresado por las tropas del impío Nerón y encerrado en un calabozo, en el cual todavía convirtió a nuestra Religión a varios desgraciados, encerrados allí con él y condenados a servir de diversión a aquel pueblo bárbaro, luchando con las fieras en el circo.

Enterado Nerón de la propaganda que San Pablo hacía, aun en la misma prisión, lo condenó a morir en la Cruz, pero el apóstol hizo valer sus derechos como habitante de Tarso y fué decapitado aquel mismo día, pronunciando en su última hora el nombre del Señor y con la sonrisa en los labios, en señal de su satisfacción por ir a unirse con el Padre Eterno.

PEDRO VANDETCHEL.



Desaparecieron las tinieblas de la tierra.

HABÍA en la Judea un hombre extraordinario, un hombre que con su palabra sanaba a los enfermos, consolaba a los afligidos, daba vista a los ciegos y resucitaba a los muertos. ¿Quién era este ser tan poderoso que hacía tantos milagros y obraba tan grandes maravillas? Este era el Hijo del hombre, el Hijo del Eterno, era el mismo Dios, que, tomando la carne humana, venía a la tierra a disipar las tinieblas, a producir la luz, a salvar a los hombres.

Veílo, pues, caminar hacia Jerusalem; sabe que allí tiene que cumplir la misión que el Padre le ha mandado al tomar la forma humana y hacia allí camina, hacia allí se dirige; sabe que le espera el sacrificio y sin embargo no se arredra; tienen que cumplir los vaticinios, el Hijo del hombre tiene que morir para que los demás no perezcan.

Ya entra en Jerusalem, montado sobre un pollino, y el pueblo en tropel sale a recibirle con ramos y flores, cantando el «Hosana en las alturas», aquel pueblo que pocos días después ha de pedir a grandes voces el que su sangre caiga sobre sus cabezas y las de sus hijos; todo esto lo sabe; pero no ignora tampoco que su muerte hará que desaparezcan las tinieblas de la tierra y que el pecado del primer hombre, cometido un día en el Paraíso, quedará lavado; como su caridad es inagotable no le importa arrostrar todas las afrentas, todos los escarnios, no le importa sufrir con tal que la humanidad obtenga su redención.

¡Qué ejemplo tan sublime de humildad y de amor!

El que posee todo el poder del cielo y la tierra, que dirige la máquina admirable del Universo, que con solo su palabra puede destruir el mundo y volverlo a crear, que produce las tempestades, que da de comer a las criaturas, que da luz al sol, fruto a los campos, aroma a las flores; El va a ser la víctima destinada para el sacrificio. El es el que va a morir en una cruz, sufriendo todos los oprobios, todas las amarguras, todos los dolores. ¿Y todo por qué? Porque no quería que el hombre viviese entre tinieblas, porque deseaba por momentos que la fal-

ta cometida al Dios de Israel se perdona-se; porque quería demostrar al mundo que el Dios de la verdad, era el Dios de piedad y misericordia, y, por último, porque quería decir a los hombres: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado».

¡Qué contraste presentan estas doctrinas con lo que sucede hoy en la sociedad!

Las sabias doctrinas de este Divino Maestro parece se borran cada día más y más del corazón de los hombres; parece que la tempestad se ha desencadenado y que entre el oleaje de las pasiones cada uno aprovecha para sí, y solo para sí, aquello que le puede reportar alguna utilidad, aunque sea a costa de vejaciones y crímenes; le importa muy poco que perezca la humanidad entera, con tal de satisfacer sus deseos.

Ya no hay caridad en la tierra; ésta ha desaparecido, se halla cubierta con la vistosa capa llamada filantropía, al hacer algún bien a los demás, lleva siempre envuelta la idea de los beneficios que ha de conseguir más tarde; de otra manera no se ejecuta, no se hace; el amor que un día predicó Jesús con su palabra y con sus obras, no existe; desaparecieron de la tierra sus enseñanzas y, por lo tanto, es preciso demostrar y enseñar al mundo que el que no cumple sus preceptos vivirá eternamente en tinieblas, vivirá sin luz; y sin luz no existe nada, las plantas perecen, los animales mueren y el hombre, caminando a oscuras, caerá en el abismo y perecerá también.

Ha llegado la hora señalada por los profetas; Jesús se halla clavado en la Cruz, el sacrificio va a consumarse, la víctima, colocada sobre el Santo madero, está a la vista del pueblo, y Aquél, que era la alegría del cielo; Aquél, que hacía tantos milagros, va a sufrir la muerte más afrentosa; viene a cumplir lo que estaba escrito y esto se cumplirá.

El momento ha llegado, la naturaleza entera se conmueve, el sol no alumbrará, la luna se obscurece, la tierra tiembla, el velo del templo se rasga, los muertos resucitan y las tinieblas todo lo invaden, y el Hombre Dios ha terminado su misión en la tierra. ¡Ha muerto! y muriendo ha salvado a los hombres, ha disipado las tinieblas, ha hecho aparecer la luz; la luz del evangelio, la luz del nuevo día, la luz de la verdad.

SANDALIO MILLA



El Apóstol Maldito

No podía resistir el remordimiento de su conciencia; representábasele sin intervalo alguno la terrible escena desarrollada en el Huerto de las olivas y aún le parecía que estaba escuchando las palabras de su Maestro. «¡Judas, con un beso entregas al hijo del Hombre!»

Aún tenía esperanza el falsario de que Jesús convencería a sus jueces, y aguardando el resultado paseaba silencioso y sombrío por los alrededores de la casa de Caifás cuando dos jueces del Sanedrín (consejo supremo de los judíos) reuníanse nuevamente para fallar la causa del Redentor.

Supo la noticia de la condenación a muerte y vió que los soldados conducían la víctima ante Pilatos, el orgulloso representante de la Roma Imperial. Todo estaba perdido; reconoció la monstruosidad de su culpa y, presa el alma de la más horrible desesperación, siguió a unos cuantos sacerdotes que, terminado el Consejo, iban al templo; apretaba convulsivamente entre sus manos los dineros que le entregaron por su traición y apenas llegaron al templo arrojó ante ellos las treinta monedas de plata, diciendo:

«He pecado entregándoos la sangre del Justo».

Los ministros del Sanedrín le respondieron burlándose de él:

«Si has entregado la sangre del inocente, tú solo serás el responsable».

Odiado por todos, Judas también se odia á sí mismo; abandona el santuario; corre sin saber á dónde se dirige; llega al monte Moria; baja al valle de Josafat; anda errante por aquellos tristes lugares, y en atropellada carrera entra en el valle de Gehenna, garganta profunda, llena de escombros y sepuleros, imagen exacta del Infierno, cuyo nombre lleva; sube una pendiente desde cuya cima divisase el monte Sión; dirige una mirada de odio y desesperación á la ciudad deicida y se dispone á hacer callar aquella voz con la que el demonio le atormenta: «Eres maldito, maldito para siempre».

Se desata el cinto, en el que había guardado el infamante dinero, y con él, cogiéndose á la rama de un árbol, se ahorca.

El cadáver del suicida fué encontrado al pie del árbol, pues, roto el lazo que le sujetaba, al caer habíase reventado, esparciéndose por el suelo las entrañas de aquel miserable.

Los sacerdotes, con las monedas que Judas arrojó en el templo, compraron aquel sitio, propiedad de un alfarero, y en él lo sepultaron.

Este campo aún es conocido con el nombre de Haceldama, que significa el precio de la sangre.

¡Digno fin de un traidor!

RAFAEL H. PLELESS.

Maria

MADRE DE LOS HOMBRES

ESTABA á punto de consumarse la tremenda é inícuca acción. El Judaísmo, escandalizado de que el Cristo esperado y profetizado se presentara bajo el humilde aspecto del carpintero de Nazaret en vez de ataviarse con las brillantes y espléndidas galas de monarca suntuoso y deslumbrador, renegó de Jesús. Y pasados los momentáneos resplandores de entusiasmo del Domingo de Ramos, pueblo y príncipes, al motinesco grito de ¡Crucifícale! influyendo en el débil ánimo de un juez cobarde é irresoluto, empujaron al Mesías, abrumado por el peso enormísimo de la cruz, al lugar infamado del suplicio.

Parecía llegado el momento de las tinieblas, y por un instante el Infierno debió confiar en su triunfo. Estaba allí Cristo, abrumado por la ingratitude de los que venía á salvar; abofeteado, escarnecido, escupido, objeto de los oprobios y maldiciones de la plebe; rechazado tumultuariamente por su pueblo; negado por los suyos. Todos sus beneficios, todas sus virtudes caritativas, todos sus grandes y estupendos milagros se habían perdido en el mar de la indiferencia general. Un hombre, aun el más sublime, aun el más despreciado y generoso, si no hubiera llegado á maldecir la raza que tan ingratemente le correspondía, desde lo alto del patíbulo infamante hubiera mirado con desdén á las turbas ansiosas de su sangre. Luzbel debió aguardar, con ansia solo de él propia, ese gesto de desdén....

Pero Cristo era Dios, y Dios clemente, Dios misericordioso, Dios piadoso que había venido á ofrecerse en holocausto por nosotros. Y por eso, en los momentos más amargos de su tribulación humana, cuando todo, cielo y tierra, se conjuraba contra Él para hacer más crueles las últimas palpitaciones de la vida; cuando el cuerpo dolorido, magullado, quebrantado por los golpes de los sayones, y el alma traspasada por el desprecio de los insensatos que le desoñaban y negaban, forjando la suprema hiel de aquella agonía tremebunda, sin segundo en el mundo, Él no quiso dar por terminada la grandiosa obra de la redención de la humanidad, sin ofrecernos, cuando más profunda era la obscuridad, la más intensa Luz; cuando más grande se exhibía la dureza del corazón, la mayor y más dulce Blandura; cuando más extenso era el desamparo en que moría, la más amorosa Protección; y vueltos sus ojos, aquellos ojos magníficos y amados, á María, que agonizaba viéndole á Él agonizar, agotó—si esta palabra pudiera aplicarse al inagotable—toda su misericordia amorosa, toda su piedad caritativa, todo su cariño al hombre, dándonos, en la persona de Juan, por Madre á su MADRE.

No cabe,—aun dentro de la posibilidad de la Omnipotencia—rasgo más augusto,

muestra más hermosa de amor, que esta dádiva regia y celestial. La protección de un rey impone por la misma autoridad de la majestad; el afecto de un juez asusta por la severidad de la toga; hasta el amor del padre contiene. La mujer anima, conforta, alienta, da calor con sus besos, comunica entusiasmo con sus aplausos. Y si esa mujer es madre, y no una madre cualquiera si no la Madre, la que Cristo nos legara, nos prestara y nos cediera amorosamente; si esa Madre es María, toda amor, toda compasión, toda misericordia, toda cariño para sus hijos, se comprenderá la magnificencia, la grandeza del tesoro regalado por Cristo á los hombres en la tarde triste, angustiosa, pero para la humanidad excesivamente luminosa y espléndida, del Sacrificio augusto de la Cruz.

Ya el sacrificio no podrá, aunque quiera, lanzarnos á la desesperación mostrándonos el rigor de la Justicia de Dios; ya nuestras culpas y vicios no nos llevarán á la impenitencia señalándonos la severidad de los juicios de Dios; ya el dolor no nos hará enmudecer sombríamente; ya la amargura no podrá enloquecernos. María, la excelsa Madre de Dios es también carísimísima Madre nuestra. Y cuando más nos intimide el Infierno y más nos asuste la iniquidad de nuestra vida, María, nuestra Madre, nos abrirá su regazo amantísimo, y por nosotros, viles pecadores, pedirá fervorosamente al Dios que tuvo en sus entrañas.

¡Tesoro inapreciable! ¡Joya riquísima! Haz, Señora nuestra y Madre nuestra, que no me abandone, que no abandone á los míos esta fe en tu maternidad gloriosa. Cobijanos con ella en las pruebas terribles en este valle de destierro. Y cuando llegada nuestra hora, en las tribulaciones de los últimos momentos, sea presa nuestra alma de las amarguras de la agonía, tú, Madre venerada, toda caridad y compasión, ámanos con todo tu amor, porque, queridísima Madre, amándonos tú seremos salvos y sanos.

LIBRAJO.

PASIÓN Y MUERTE

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

LAS SIETE PALABRAS

Gemid humanos,
Que todos en él pusisteis vuestras manos.
(Nicás. Gallego. Od. Pas. y muer. de Jesús)

De Jesús, sentencia impía,
La pregonan al instante;
Turba ciega y delirante
Tolle, Tolle, repeta:
¡Crucifícale!... decía....
¡La Cruz!... ¡A la Cruz lo enlacen!
¡Allí su cuerpo atencen!
Y el buen Jesús, todo amor,
Exclama.... «Perdón, Señor,
Que no saben lo que se hacen».

Este milagroso anhelo
Recoge para sí mismo
El perdón del heroísmo,
Y á Dimas ofrece el Cielo:
A tan sublime consuelo
Todo un poder es preciso
Dando al bien, el bien que quiso....
¡Jesús perdona, y á más....
Después dijo.... «Hoy estarás
Conmigo en el Paraíso».

Cuando Jesucristo vió
María estaba á su lado
Con Juan, discípulo amado,
Que á sus pies también llegó:
Un amor vivo sintió,
Y aunque el alma se taladre,
Porque el dolor no le cuadre,
Les dijo, en su afán prolijo,
«¡Ahí tienes á tu hijo».

«¡Ahí tienes á tu madre».

«A Jesús llegó su hora
Sujeto á infame madero,
Y Él, inocente cordero,
Pecados ajenos llora:
¡Cuánta bondad atesora!
Un corazón tan sagrado!
Sin embargo, desolado,
Sintiendo ya mortal frío,
Aún dice... ¿Por qué?... «Dios mío!
Me habéis hoy desamparado?»

La congoja y el dolor
Jesús, que agoniza, siente,
Y de su divina frente
Brota copioso sudor:
«Tengo sed»... dijo el Señor,
«Tengo sed»... dice en su afán,
Y los que oyéndole están,
Con proceder inhumano,
A todo un Dios soberano
Hiel y vinagre le dan.

«¡Está todo consumado!»
«Consummatum est!»... les dijo
Cuando el hombre, de Dios hijo,
Moría en la Cruz clavado,
Por la culpa y el pecado
De un pueblo liberticida.

¡Cuánta pasión homicida!
¡Cuánta locura y delirio
En tan glorioso martirio!
¡Qué pueblo más deicida!
De su angustiosa agonía
Llega el terrible momento....
Se conmueve el firmamento
Y todo es luto ese día:
Su vida entera ofrecía,
La humanidad redimiendo,
Cuando dijo: «Estoy muriendo
Porque viva el pecador....
Y mi espíritu, Señor,
En tus manos encomiendo».

¡Ha muerto el Redentor!... ¡Cruge la tierra!
¡El fulminante rayo la ilumina!
Cumplíndose, quizá, la ley divina
Tempestuosa nube el horizonte cierra.
¡Ha muerto el Redentor!... ¿Quién no se a'erra?
¡Qué pequeño mortal al Cielo mira
Que no temá de Dios la Justa ira?...
El mundo, lleno de pavor y espanto,
No cabe dentro de mi pobre canto
Y un épico dolor rompe mi lira.

MARIANO M. MEDRANO.

Humildad sublime.

SONETO

Todo un Dios, que se olvida de su suerte
Igualándose á todos los mortales;
Que arrostra sin cesar cruentos males
Y se acerca tranquilo hasta á la muerte;

Que siendo su poder tan grande y fuerte,
Y adornado de gracias celestiales
Sufrir del pueblo insultos tan brutales
Y hasta su sangre por salvarnos vierte,

Nos da un ejemplo de humildad sublime
Con nada en este mundo comparable;
Un ejemplo que á todos nos redime;

Ejemplo de humildad inimitable.
¡Cristianos! La soberbia desechad
Y dad ejemplo siempre de humildad.

V. DEL PRADO.

Carta de Madrid.

Madrid 2 de Abril de 1901.

Sr. Director de EL AVISADOR NUMANTINO.

Mi querido amigo: Todas las fuerzas políticas del país tomarán parte en la lucha electoral y es casi seguro que todas tendrán representación en las Cortes venideras. Disertando un periódico democrático sobre la futura composición del parlamento hace el siguiente cómputo:

En las Cortes liberales anteriores de 1898, la mayoría se compuso de 287 votos, de los cuales 63 eran gamacistas. La oposición se descomponía en estas cifras: Tetuanistas, 7; romeristas, 4; carlistas, 4; republicanos, 21; demócratas, 6; independientes, 4, y de Unión conservadora, 67. En las Cortes conservadoras, que están ahora en estado agónico, y en las cuales ya no figuran los que representaban las colonias perdidas, la mayoría se ha formado de 228 votos, y las oposiciones de la siguiente representación: Liberales, 84; gamacistas 22; tetuanistas, 14; republicanos, 15; romeristas, 5; demócratas é independientes, 5; carlistas, 2; integristas, uno.

¿Qué cifras arrojarán los próximos escrutinios?

La Unión conservadora, teniendo en cuenta que ha pasado por el poder y descontando los que tuvo por Ultramar en 1898, cree que ha de ganar puestos con relación á los obtenidos en aquella época y cree que han de pasar de 80 los diputados que llevará al futuro Congreso.

Es creencia general que los republicanos ganarán puestos, con relación á los que tienen en las Cortes aún no disueltas, y que habrá de rebasar la cifra de 20.

Lo propio acontece con los romeristas, que ganarán algunos lugares, y que, de cinco que hoy son, han de acercarse á la docena.

En cambio, se cree que los tetuanistas bajarán algunos números de la cifra que hoy ostentan, y que lo mismo sucederá á los gamacistas.

La Unión nacional no tendrá menos de seis puestos; á este número se acercarán los carlistas, y es creencia de que tendrá asiento en el Congreso un socialista, no bajando la mayoría de 260 diputados. Si es así, como el total de representantes es de 402, las oposiciones reunidas tendrán un contingente de 140 votos, poco más ó menos.

Hablándose de elecciones y de candidatos, es comentado el siguiente telegrama

ma que hace pocas horas ha recibido el Sr. Moret.

«Santander 1.º.—Gobernador á ministro de la Gobernación.—Se ha formado un comité católico para luchar en las próximas elecciones, bajo la presidencia de D. José María Quijano, siendo presidente honorario el padre Mendia, persona de grandes influencias en esta capital».

Asegúrase serán candidatos el Sr. Pereda y el Sr. Fernández de Velasco.

Consejo de ministros.

Si en todo el día de mañana se encuentra el Sr. Sagasta en disposición de recibir á los ministros, se celebrará mañana mismo Consejo de ministros en su domicilio particular, y de lo contrario entonces el Consejo se reunirá en la presidencia, ejerciendo de jefe temporero el Sr. Moret. El objeto de este Consejo es señalar los expedientes de indulto de pena de muerte para aconsejar á la reina esta gracia el Viernes Santo. Los expedientes que mañana llevará al Consejo el señor marqués de Teverga son once y de éstos se aconsejarán á la reina los que ofrezcan mayores dificultades para la aplicación del indulto ordinario, porque siendo el señor ministro de Gracia y Justicia casi enemigo de la pena de muerte, desea más adelante recomendar el mayor número posible de expedientes.

Una fábrica incendiada.

He aquí en qué forma ha dado cuenta el señor gobernador civil de Granada al señor ministro de la Gobernación del incendio ocurrido en la fábrica de azúcar de Motril.

«A las doce y media de anoche, en conferencia telefónica terminada á la una y media, me dice el alcalde de Motril que á las nueve de la misma noche, unos dos mil hombres del pueblo asaltaron el casino Agrícola, pretendiendo celebrar una reunión para protestar del precio ruinoso de la caña. Por sus exhortaciones desalaron el local, prometiendo retirarse á sus casas; pero después marcharon á la fábrica de los Sres. Larios, prendiéndola fuego por distintos puntos. Que reclamó fuerzas de la guardia civil de los puestos inmediatos, reuniendo de ella y de carabineros unos veinte hombres con el comandante de éstos, viéndose precisados á hacer algunos disparos sin resultado. Que los amotinados no tienen dirección, buscando solo el mejor precio de la caña. Hace subir su número, á la una y media de la madrugada, á 4 ó 5.000, y supone que, enviándole 50 guardias civiles, podrá dominar el conflicto. En el acto fué dada orden para que fuesen de sus puestos y de la capital 99 guardias con el comandante, interesando al gobernador militar el envío, como lo hace, de dos escuadrones».

En Motril no ha habido desgracias personales.

Ayer continuaba en pie el conflicto. La caña de azúcar no se quiere pagar más que á 13 cuartos la arroba, puesta en la fábrica, y los cultivadores no pueden darla á ese precio. ¿A dónde mandarla?

Graves sucesos en Barcelona.

Votada definitivamente en la Cámara de Francia la ley de asociaciones y excitados los espíritus por los violentos ataques de que han sido víctimas las congregaciones religiosas con motivo de los ruidosos debates á que dieron origen las discusiones de aquella ley, se celebró anteayer en Barcelona una *meeting* en la plaza de toros de aquella culta capital, que de nuevo fué teatro de manifestaciones tumultuarias.

Según los despachos recibidos en la mañana del domingo, era imponente el aspecto de la plaza de toros de Barcelona. Al dar comienzo el *meeting* resonó una salva de aplausos y se oyeron mueras á los jesuitas. Los discursos que se pronunciaron fueron de tonos violentos, significándose entre todos ellos el pronunciado por doña Angeles López de Ayala, que combatió á los jesuitas y terminó su peroración con un viva á Barcelona sin conventos. Este viva fué contestado con la mayor expansión por la multitud y la música hizo oír el himno de Riego.

D. Isart Bula, que presidió el *meeting*, hizo el resumen del mismo. Comenzó diciendo que hoy entraba la libertad en Barcelona y que el pueblo la recibe con palmas; pero, añade: Guardémosnos mucho de crucificarla, como los judíos crucificaron á Jesucristo. Añade que el pueblo no necesita jefes, porque se basta para

dirigirse. A los jefes, dijo, hay que arrojarlos en un *Spoiliarium*, porque solo se ocupan en pedir caciques para lograr actas. Hizo constar que á la reunión asisten representantes de todas las fuerzas radicales, desde los posibilistas á los anarquistas. Profetizó una revolución próxima y dijo: Si la justicia no es una venganza, la venganza puede ser una justicia. Si la inquisición, añadió el orador, quemó 45.000 mil personas, no debemos descansar hasta quemar 45.000 jesuitas.

La manifestación.

Después se organizó una manifestación, tomando parte en ella más de 10.000 personas. Llevar música y varios estandartes. Cuando esta manifestación pasó por frente al Gobierno civil se tocó La Marsellesa y se dieron multitud de vivas y muertas. Todo parecía que la cosa no pasaría á mayores, pero al llegar á la calle de Caspe, donde se encuentra situado el convento de jesuitas, salieron al paso de la manifestación grupos de guardias civiles y de agentes de orden público, pero los manifestantes lograron romper el orden formado por la fuerza pública y llegaron frente á la iglesia, que en aquel momento estaba llena de fieles con motivo de la festividad de las palmas. Como los gritos y silbidos eran enormes, en el interior del templo se produjo un pánico horrible.

Cargas, sablazos pedradas y tiros.

Al notarse la inmensa confusión en la calle y en el interior de la iglesia, los guardias, apostados en el convento y en algunas casas, salieron cargando á sablazos y los manifestantes comenzaron á lanzar piedras. Entonces se oyeron los primeros tiros y los manifestantes se pusieron en precipitada fuga. La guardia civil continuó cargando en todas las direcciones y un numeroso grupo de manifestantes llegó á los consulados de Francia y Portugal, haciendo entrega de los Mensajes aprobados en el *meeting*. De los tiros han resultado bastantes heridos y contusos. En la casa de socorro fueron asistidos cuatro heridos; un mendigo sordomudo que había recibido dos sablazos; un niño de ocho años, á quien dieron un garrotazo; un hombre de cuarenta y tres años y otro de veintiseis, que habían recibido sablazos en la cabeza. En las farmacias inmediatas fueron curados tres hombres que recibieron sablazos en las manos y cabeza; dos señoras y tres señoritas, contusas de palo. Los estandartes que llevaban los manifestantes quedaron destrozados, y desaparecieron casi todos los instrumentos de la música. El caballo de un teniente de la guardia civil resultó herido. A la una de la tarde quedó disuelta la manifestación.

Como quiera que por la tarde tenía que salir la procesión de la iglesia de San Francisco, y los elementos levantiscos se proponían de nuevo hacer manifestaciones ruidosas, fué suspendida por orden del gobernador.

Toman tal carácter de gravedad los asuntos religiosos, que debe cuanto antes atajarse el mal para garantizar la libertad de todo ciudadano.

Noticias.

Ayer ha publicado la *Gaceta* una circular del ministerio de la Gobernación dirigida á los gobernadores civiles, enuñada á la rectificación y depuración del censo electoral, en cuya obra se excitará á que presten su concurso todos los partidos y centros políticos. Primera de la serie.

—Se encuentra bastante aliviado del ataque gripal que venía padeciendo el señor Sagasta. Es creencia del médico señor Huertas que en todo el día de hoy pueda el jefe del Gobierno abandonar la cama.

—En las puertas de las iglesias de la diócesis de Oviedo se ha fijado un edicto, que dirige á los fieles el señor Obispo de la misma, disponiendo que no se coopere á las representaciones del drama *Electra*.

—Con motivo de algunas dificultades para que la embajada de los Estados Unidos visitase al Emperador de Marruecos, la embajada salió de Mazagán sin poder cumplir la misión que se le tenía encomendada y con este motivo se cree en la existencia de un serio conflicto entre yankees y moros. Otro lio.

—En la reunión de los obreros panaderos de esta capital se ha persistido en la organización de los mismos y de intervenir en la política cuando representantes propios á los cuerplos electivos. Hacen bien en no encomendar funciones que ellos pueden ejercer.

